



REDACCION Y ADMINISTRACION,  
Compostela, número 71 (entresuelos.)

## SEMANARIO SATIRICO.

DIBUJANTE CARICATURISTA,  
Victor P. de Landaluze (D. Junipero.)

AÑO 1.º

PRECIOS DE SUSCRIPCION EN LA HABANA.  
UN MES, \$1.—SEIS MESES, \$5.25.—UN AÑO, \$10.  
Número suelto: 25 Cents.

HABANA 13 DE MARZO DE 1870.

PRECIOS DE SUSCRIPCION EN EL INTERIOR.  
TRES MESES, \$3.75.—SEIS MESES, \$7.—UN AÑO, \$12.75  
Número suelto: 30 Cents.

NUM. 19.

### SUMARIO.

TEXTO.—Menestra semanal, por Juan PALOMO.—¡Pulvis eris! por Juan de las VIÑAS.—Un soltero en subasta, por Juan SIN-MIEDO.—Epístolas á "Juan Palomo" de Veracruz, por Juan BALANDRAN; de Barcelona, por Serafi PI-TARRA.—Cuentos de manigua, por Juan SIN-TIERRA.—Sartenezos.  
CARICATURAS, por D. JUNIPERO.

### MENESTRA SEMANAL.

Ha sido semana de visitas la que hoy se despide de nosotros.

El bandolerismo, con toda su repugnante desnudez, ha llegado casi á las puertas de nuestra casa, y haciendo sonar el aldabon, huyó después á ocultarse, asustado de su atrevimiento.

La insurreccion ha hecho lo que esos chicleos pilletes que vagan por las calles de todas las poblaciones: en cuanto ven la puerta cerrada arrojan una piedra y ponen los pies en polvorosa ántes de que el criado de la casa les aplique un artículo de los Reglamentos de policía urbana en forma de azotes, aplicados á la parte de más atrás del individuo. Solo que en esta ocasion, el pillete no ha podido huir tan de prisa que salve su cuerpo de los mandobles de la ley, que con vigoroso empuje y sobrada razon le está poniendo las peras á cuario.

Una partida, ¡y vaya si está partida! no teniendo que comer, ni que hacer, ni que no hacer, ni donde meterse, escurrió el bulto por nau rendija, esperando encontrar un remedio á sus males en su misma osadía. Y lo encontró: halló la horma de su zapato.

¿De su zapato?—Nó; dije mal: de su zapato no puede ser porque andan todos descalzos.

Lo que encontraron fué la suela del zapato del soldado español, aplicada oportuna y convenientemente donde se suelen aplicar los puntapiés.

Todo es encontrar; principalmente para el que desde hace tiempo lo ha perdido todo: la vergüenza, el honor y la costumbre de digerir, desde que no come, sobre todo.

Un tal Arredondo, redondo de cabeza ciertamente, se ha metido en la jurisdiccion de Güines, que es como meterse en la boca del lobo; pues uno á uno se los vá tragando la ley, inec-

sorable con los asesinos é incendiarios, y que representada por el Coronel Baile está cazando á los foragidos como quien caza conejos.

La Junta Cubana nos dirá después que la partida estaba compuesta de gente alegre y hacía el camino riendo.

Es verdad; solamente que los que se reían eran los zapatos, de los pocos que iban calzados.

He dicho Junta cubana; y—Señores, tengo verdadero remordimiento de aplicar á ciertos séres la palabra cubano ó cubana, pues creo que es hacer una ofensa á los muchos cubanos leales que con nosotros viven y que nos prestan su apoyo para exterminar á los traidores.

Propongo una modificacion en el lenguaje, que yo pongo en práctica desde luego.

Cuando tenga que hablar de los verdaderos cubanos, de nuestros hermanos nacidos en esta Antilla, de los que á nuestro lado combaten por la honra de la patria, les llamaré cubanos: ese es su verdadero nombre; pero cuando haya de designar á los *cespedistas* ó *aldamistas*, á los habitantes de ese país ideal, los titularé *cuberos*, porque si nó, á sus muchas estafas, tendrá que añadirse la de un nombre que no tienen derecho á manchar, ni á escarnecer.

Así, pues, ya estamos convenidos para en lo futuro en no decir más que, la Junta cubera, presidida por el *Cubero* Aldama.

Semana de visitas dije y hasta ahora solo hablé de una que está ya á punto de concluir por un baile general; ó al ménos coronel. Pero que da otra de más campanillas; la que ha hecho Quesada al Presidente Grant.

Lo confieso: me han salido los colores al rostro al tener por fuerza que escribir juntos esos dos nombres.

¿Que tendrían que hablar un hombre honrado y un perdido? el primer magistrado de una nacion poderosa y el escapado de presidio?

—Señor, habrá dicho sobre poco más ó menos Quesada, soy el general, *destituído*, de un ejército, que es un *mito*.

—Brillante empleo, señor general; pero dicen que está V. condenado á cadena, por los tribunales de su país.

—Es verdad; pero eso qué? los relojes están

condenados á cadena perpétua y ya veis cuánto valen y el aprecio que se hace de ellos.

—Os acusan de robo.

Señor; yo soy un hombre libre, enemigo de todos los monopolios, y no hice más que destruir el que ejercía su dueño sobre unas reses, cuya posesion exclusiva pretendía sostener.

Si no fué esta, no acierto qué conversacion podría entablar Mr. Grant y Quesada. ¡Horror! esos dos nombres juntos es una bofetada al sentido comun!

No hay tiempo aun para que sepamos si al despedirse el *generalísimo*, echó algo de ménos el Presidente.

Las últimas noticias de la Madre patria son muy ruidosas, como que se trata de campanas.

Llega el Duque de Montpensier á Madrid y se arma un campaneó de todos los demonios.

¿Quién ha movido los badajos; el pueblo? No señor.

¿El Gobierno? Tampoco.

¿Pues quién ha hecho sonar las campanas?—El campanero.

—Vean ustedes si son *altas* las influencias de nuestro candidato, dicen los partidarios del Duque.

El Duque debe mostrarse muy satisfecho, pues las bases sobre que asienta su fama no pueden ser más fuertes: de bronce

Por muchos años, señor Duque.

JUAN PALOMO.

### ¡PULVIS ERIS!

ARTÍCULO DE CUARESMA.

¡Memento homo! acaba de gritar la iglesia, recordando al hombre su origen y su destino futuro. «¡Polvo has sido y en polvo te convertirás!» y figúrense ustedes si tanta gente como andamos por el mundo dando vueltas, podremos armar floja polvareda.

Cada magnate, cada héroe, cada caballero particular es solamente un montoncito de polvo que con el más ligero soplo se disipa.

Valiente papel representa el hombre en el globo, sin ser más que una especie de terraplen en este camino, por donde marchan los siglos uno detrás de otro en correcta formacion!



Sí señor, me afirmo en ello: el universo es tan solo una carretera, abierta exclusivamente para que se dé un paseo ese apreciable sujeto que se llama el Tiempo.

Los pueblos salvajes, pongo por caso, como el mambí, son los baches que dificultan la marcha progresiva del siglo; la guerra y las epidemias, el aire que levanta una polvareda de todos los demonios; los grandes sistemas, los descubrimientos prodigiosos, los montones de piedra que han de servir para allanar el camino y hacer más fácil y cómodo el viaje; los grandes sucesos vienen á ser los postes kilométricos, digámoslo así, los tarugos que miden las jornadas; el desbordamiento de las pasiones y el crimen, el río turbulento que hay que salvar por el puente de la ley; la virtud y la constancia en el trabajo, la euneta protectora que sirviendo de desagüe al camino, no permite que se lo lleve el demontre al primer aguacero. Y todo esto fundado sobre una base de polvo.

¡Polvo eres y en polvo te convertirás!

Enterados y conformes; es decir, conformes nó, porque la ley es tan durilla como palo de voluntario en costilla de insurrecto; pero hay que resignarse. También los *Aldamistas* se resignan á hacer el oso en medio de un país ilustrado, solo por darse humos de hombres libres y de gente de pró.

¡Polvo, cuestión de polvo! solamente que este polvo es el que ciega: es el polvo del desierto que produce una perpétua oftalmia.

Así es efectivamente: en el desierto en que su ambición, sus crímenes y sus apostasías ha colocado á los hombres de la *patria ilusoria*, de la fantástica tierra de promisión á donde caminan sin un Moisés que los guíe, el *simoun* de su despecho ha levantado esos remolinos de polvo, que los ciega; que no les permite abrir los ojos á la evidencia.

¡Polvo y siempre polvo! pero distingamos, caballeros: entre el polvo á que quedarán reducidos los hijos espúreos de la patria, y aquel en que se convertirán los hombres honrados, hay una notable diferencia.

La diferencia que existe entre el polvo de rapé que pone asquerosa la nariz de la vieja setentona y el finísimo polvo de arroz que suaviza y refresca el trasparente cutis de la niña de diez y ocho abriles ó diciembres, que para el caso es igual.

Por eso creo yo que el terrible *memento homo!* de la iglesia no debe rezar con los mambíses.

Ese recuerdo que anualmente nos hace la religión y que nos eriza el cabello y nos hace temblar desde las uñas de los pies hasta la línea divisoria que establecemos entre el cerebro y el *chapeau*, no es para los mambíses ni la mitad espantosa que para nosotros.

Polvo fuimos, aunque no está bien definido en qué carretera, calle, tocador de dama elegante ó tabaquera de neo-católico, hemos prestado nuestro servicio ántes de venir á esta vida deleznable; hombres somos ahora, hechos y derechos, con bigote, calzoncillos, una onza en el bolsillo (cuando la tenemos) y completos, hasta cierto punto; y polvo hemos de ser. ¡Cuanario! esto es gordo y capaz de ponerlo á uno en el caso de pegarse un tiro. La transición no puede ser más terrible: *To be or not to be*, como diría Hamlet.

Pero el mambí ya es otra cosa.

Fué... nada; es fango y se convertirá en cieno; con permiso sea dicho de los *patacones* de Aldama, que se están convirtiendo en humo, que es todavía más ligero que el polvo.

¡Memento homo!

¿Qué tiene que recordar, por ejemplo, ese mismo Aldama que acabo de nombrar?

¡Memento! le dirá la iglesia; acuérdate de que fuistes estopa miserable con que se hacen los sacos; de que ahora eres un saco relleno, como dice el *Herald*, en el que mete mano todo el mundo, y serás mañana un saco vacío, propósito para trapos de cocina.

Perdon, lector, acabo de cometer una falta gramatical de trascendencia, haciendo una concordancia vizcaína: he dicho *estopa* hablando de Aldama, de un hombre, género masculino; debo decir, por lo tanto, *es topo*.

Variemos, pues, la fórmula de la iglesia católica; trasplantémosla á la iglesia mambí, y en un latín hecho de encargo para el que no entiendo de más latines que desplumar al prójimo,

mo, gritemos por la boca de los cañones Parrot: ¡Memento mambí! qui funguis eris et cienis te reverteris!

JUAN DE LAS VIÑAS.

### TRES AMORES Y UNA BODA.

#### I.

Tres veces, ¡trás! tuve yo relaciones amorosas en un mes de mayo; alegre mes de las flores y de los amores y del hambre, para quien como yo, no tenía una peseta. Mi primera novia era costurera, alta, delgada, ojos negros, manos pequeñas y bien hechas, y un pie que me dió en el corazón, desde que lo ví por vez primera, el soberano puntapié amoroso del siglo.

Se llamaba Concha, y era más salada que sus tocayas las de la mar, más alegre que unas pascuas tranquilas, y con una conversacion tan animada, que volvía loco de amor al más indiferente; porque Conchita era de familia decente y estaba bien educada.

Mi segundo tormento pintaba abanicos, y recibía en su casa á personas de confianza. Era el tipo opuesto de Concha, porque sus cabellos parecían hebras doradas, sus ojos tenían el color azul del cielo, y su cuerpo era pequeño y bien contorneado. Desde que ví tantas perfecciones, dije para mi gaban: «Así me gustas, salero; la mujer y la sardina, chiquitina.» Esta criatura angelical, tenía por nombre Amalia.

Mi tercer tropiezo, digo, mi tercera novia, era ahijada de la viuda en segundas nupcias de un coronel de carabineros, al cual nadie había conocido en el mundo, excepto su desconsolada esposa.

La ahijadita peinaba ventidos Mayos, y tenía más sal que la Isla de Leon. El tipo de esta niña era original.

Ojos castaños, pelo rubio, muy rubio; cejas negras, como el ala de los cuervos, y también poseía un aire, y un señor don-aire, capaz de volver jalea á un monolito de Egipto. Se llamaba Julia este pimpollo.

Conque, francamente, caballeros, ¿no tenía yo razon en enamorarme hasta la pared de enfrente de tan lindas beldades?

Mucho que sí, ¿verdad? Bien; pues entonces voy á deciros la historia de mis amores, para que conozcáis lo que es el mundo.

#### II.

Era una noche de luna, en la cual recuerdo perfectamente que mi bolsillo, segun costumbre habitual, se hallaba como siempre á la luna de Valencia.

Soplaba un vientecillo fresco, que me hacia comprender la necesidad de una capa de que carecía, y yo parado al pié de una casa, modesta como mi trage, aunque no tan pobre como mi fortuna, esperaba con impaciencia que Conchita se apareciera en la puerta, para tener el gusto de acompañarla á paseo.

Pero ántes, bueno será deciros el principio de mis amores con dicha visita.

Una mañana, saliendo yo de un portal que me habia servido de escondite para que no me viera un inglés que en lontananza divisara; á causa sin duda de la precipitación con que me lancé á la calle, di el tropezon más fenomenal que os podeis imaginar, con una persona que cruzaba á la sazón la acera.

Cometer dicha torpeza, y oír el timbre de una voz femenil y sonora que dijo:—¡Jesus, qué animal!—fué cosa de un solo momento.

Si bien lo de animal no me hizo mucha gracia, en cambio el timbre de la voz me sonó á música, y alzando los ojos para contemplar á la femenina aquella, quedé ciego, sordo y mudo.

Bastó deciros que la niña era Conchita, y estaba tan monísima con su gesto de enojo, que le daban ganas á uno de comérsela.

—Vd. dispense mi atolondramiento, señorita—le dije.—Comprendo que he sido un aturdido de primera, y confieso desde ahora, que he tenido la dicha de contemplar á Vd. tan bella, voy á quedar más atolondrado aun.

Conchita bajó los ojos, se coloreó como una guinda á medio madurar, balbuceó no sé qué frases y empezó á seguir de nuevo su camino.

Yo la seguí hasta que llegó á una sastrería á la cual iba á llevar trabajo; le pregunté las señas de su casa, me las dió, pedí una cita, fué concedida, y catadme ya enamorado furiosamente.

La cita tuvo lugar en el portal de la casa, y aquí, entre paréntesis, debo decir que casi todas mis desventuras, han tenido—¡pásmese el universo entero!—por principio funesto, alguna aventura de portal.

Frases entrecortadas y salidas sin cortar, suspiros como cañonazos Armstrong, apretoncitos de manos sabrosísimos y elocuentes, miradas más habladoras que una tertulia de hijas de Eva; ¡Te adoro!—Me olvidarás?—¡Nunca!—Y hasta aquella célebre ocasión:—Tuyo hasta la muerte!—Hé aquí el epílogo que coronó el fin de tan interesante novela.

Desde aquella noche, abrió la costurerita una costura en mi corazón, tan grande como el bolsillo del gaban de un cobrador de contribuciones.

Y como iba diciendo al principio de este capítulo, al poco tiempo de esperar á la puerta de la casa de Conchita, esta apareció en el umbral, derramando con sus gracias, montoncitos de gloria con sal molida.

#### III.

Un pensamiento de no sé qué desdicha próxima, me tenía la noche aquella de un humor endiablado.

Mi corazón latía furibundamente de amor, y al mismo tiempo, yo estaba intranquilo, afanoso, sin saber por qué.

Debiera haberme acordado entonces de que mi amor á Conchita, habia tenido por prólogo una escena de

portal, lo cual era una seguridad de un desastroso fin á mi aventura.

Cruzábamos una calle muy concurrida y muy bien alumbrada, lo cual para mí era una circunstancia desfavorable en extremo, y de pronto, un hombre á quien yo habia conocido mucho en Cádiz, se apareció ante mi vista en Madrid.

Era un inglés que me habia dado cincuenta pesos, por los cuales le firmara yo un pagaré de doscientos; circunstancia para mí insignificante, en razon á que jamás podría reintegrar ni aun la suma realmente recibida.

Mi Conchita, al verle, dió un grito de placer y de asombro, y se arrojó con la mayor franqueza en brazos de mi inglés.

Yo me quedé frio y petrificado, clavado en las losas de la acera, como si una atraccion poderosa me sujetase á ser forzosa víctima de aquel tirano, al cual, si no hubiera mediado mi asombro en razon del abrazo de Conchita, le hubiera dado el más soberbio esquinazo que puede imaginarse.

Aquel hombre se adelantó hacia mí, llevando á Conchita del brazo, y cogiéndome por otro idem, con bien poca blandura por cierto, me dijo con la mayor franqueza:

—Ola, tunante, ya por fin lo atrapé á V., y me pagará lo que me debe.

Conchita me miraba con unos ojos que querian comerme, al saber que yo era deudor de aquel hombre con el cual usaba ella tanto cariño y franqueza.

—Suelto V. mi brazo, ó armo aquí el escándalo del siglo!—dije, desasiéndome con un movimiento rudo y poniéndome á alguna distancia.

Después, interpellando á mi amada acerca de su *sans fuçon* con aquel prógimo, exclamé:

—¿Me quiere V. explicar, señorita, el cariño que profesa V. á ese... caballero?

—Este caballero, es mi padre, de quien he hablado á V. repetidas veces, y que acaba de llegar de Andalucía.

Enterarme de esto, y desaparecer de la escena como por encanto, fué ejecutado más pronto que dicho.

Corrí hasta mi casa. subí los setenta y cinco escalones que me separaban de la sociedad de los mortales, y tomé refugio en el nada celestial Olimpo de mi bohardilla.

Aquella noche no dormí, y cuando desperté por la mañana siguiente, me encontré con una carta sobre el baul que me servía de escritorio.

Abrió aquella misiva, que decía así:

«Madrid, 10 de Mayo.—Sr. D. Federico Tormentas.—Mi papá me ha enterado de lo trucha que es V., y sobre todo, de que le debe V. doscientos pesos, ó sean cuatro mil reales, hace más de cuatro años.

Deploro, señor mío, el tiempo que he tenido la desgracia de creer que era V. una persona decente y de bien, y así comprenderá que no deberemos ya vernos en la vida.

Mi papá lo vá á hacer á V. conocido de la justicia, y no hay amor capaz de resistir una prueba semejante, máxime cuando la persona á quien sucede una aventura de esta clase, es de tan mala condicion como V.

Engañe V., si puede, á quien sea tan tonta que haga caso de sus sandeces, y no vuelva á saludar siquiera á —Concha.»

#### IV.

Comprendereis, lectores míos, que la amenaza de la justicia me obligó á mudar de domicilio, después de tener que renunciar, para siempre, al amor de Conchita.

Mi nuevo tugurio estaba frente por frente del de mi amada número dos, y al día siguiente de enterrar una ilusion, mi corazón celebró el natalicio de la otra.

—¿Qué pinta V., vecinita?

—Abanicos, vecino, ¿no lo vé Vd?

—Mucho que sí. ¿Quiere Vd. que le ayude en su tarea?

—Si es Vd. inteligente, con mucho gusto.

Mi dicho, mi hecho; en cuatro zancadas me colé en el cuartito de mi vecina.

La saludé, la llamé hechicera un ciento de veces, la miré mucho, remucho, y después de todo, no habia empezado á cumplir mi ofrecimiento.

—Me ayuda Vd. ó nó? Si es que busca palique, eso no me conviene.

—Voy á cumplir mi oferta, repliqué.

Y así lo hice en efecto.

Cogí los colores, el pincel, y un vasito con agua, y la emprendí con un pájaro del paraíso; pero como yo no veía mas que á la rubia, cuando terminé mi tarea, y le di el abanico, y ella vió mi trabajo, soltó la más estúpida carcajada y me dijo, riéndose á más no poder: —¡Já, já! ¡Esto es original! ¡Un pájaro del Paraíso con cuello á la marinera y levita color de pasa! ¡Qué ocurrencia más desatinada!

Yo me quedé asombrado.

Cogí el abanico, y efectivamente, habia adornado al volátil de aquel modo estravagante.

Sin duda mi turbacion me lo habia presentado como un dandy, y cometí la ridícula falta, que desde luego me propuse corregir.

—Efectivamente, vecinita, me he distraído notablemente, y sus gracias de Vd. tienen la culpa. Llevaré la pintura y empezaré de nuevo.

—Nada de eso, me replicó.—Si tiene estravagante el adorno, tiene en cambio el mérito de la originalidad. Yo me quedo con este abanico como recuerdo de la primera visita de Vd.

—¿Me concederá Vd. la gracia de que no sea la última?

—¿Por qué nó? Puede Vd. venir á verme cuando guste; pero procure Vd. no cometer equivocaciones tan raras, no solo en los abanicos, sino en la que los colorea, ¿estamos?

—Seré lo más razonable del mundo.

Desde el día aquel padios, costura de mi corazón! La rubia me pintó en él con sus gracias la gloria de un amor piramidal, formidable.



Y esta fué mi segunda etapa amorosa del florido mes de Mayo.

## V.

A cualquiera de vosotros, lectores amables, que os digan que la mujer es tierna y sensible, y que sucumbe al imperio del amor, le podreis presentar un argumento de cinco dedos del revés, del cual todavía guarda recuerdo mi carrillo derecho.

A los que os digan que la pasión arrastra, podreis contestarles, que muchas veces sacude soplamocos de cuello vuelto, pero de á folio.

Si acaso creéis que os engaño, ahí vá la descripción sucinta de una escena de amor apasionado, cuya poesía práctica recomiendo á los boxeadores ingleses.

La amable y bella Amalia, acababa de pintar tres cupidos desnudos, de un grupo mitológico, cuyo mérito artístico dejó á vuestra consideración, tratándose, como se trata, de abanicos de á dos pesetas.

Yo, que era muy dado á la mitología, á pesar de lo cual era asimismo el peor *pagano* del mundo, admiraba en silencio el grupo, y su vista vagaba de los amorcitos á Amalia y de Amalia á los amorcitos, poseído de un ardor apasionado, bastante fuerte.

Amalia me miraba también, con mucho cariño al parecer, y yo, entusiasmado con aquella simpatía muda, me atreví á cogerle la mano, acordándome de unos versos de Tirso, que dicen:

«En la corte, al cortesano,  
Se dán, al darle la mano,  
Para muchas cosas pié.»

Pero figúrense Vds. el caso que debe hacerse de las sentencias de los sábios.

Amalia se dejó coger la mano, y aun tuvo la bondad de estrechar la mía; pero no bien yo la acerqué á mis labios, con el objeto de depositar sobre su blanco armiño un ardiente ósculo... ¡plaf! me sacudió un revés tan fuerte, que me hizo sangrar por las encías y por las narices.

Incontinentemente me llamó insolente, grosero y canalla; me cogió por un brazo, me plantó á la puerta de su cuarto y me dió con ella en las narices. El fin de fiesta, coincidió con el día veinte del florido Mayo.

Después de esta escena, intenté penetrar de nuevo en su estancia, y me amenazó con dar parte al Comisario del distrito.

Por fin, se mudó de vivienda, y yo quedé por segunda vez patitieso en mis amores.

## VI.

Se me olvidó deciros al principio de esta historia, que yo era entonces algo poeta, apéndice indispensable en este siglo de la mentira.

En el piso segundo de mi casa, vivía mi tercera conquista, la ahijada de la viuda en segundas nupcias del coronel de carabineros.

El amor que Julia y yo nos juramos el día que más tarde os citaré, tuvo su origen en un mueble que yo conservaba, por casualidad, en buen estado.

El mueble en cuestión era un paraguas, que por un olvido involuntario no había ido ya á parar al Rastro.

Salía yo de misa una mañana, y llovía mucho. Pensaba dar mis paseos ordinarios por la villa y corte, y me encaminé en busca del paraguas á mi huronera.

Salí con él á la calle, y al cabo de un cuarto de hora, me encontré con las vecinas del cuarto segundo.

No se veía un simón para un remedio, y yo, á fuer de galante, me acerqué á ambas damas, y ofrecílas mi salvador apoya.

Aceptaron gozosas, desandé lo andado en su compañía, llegamos á casa y me ofrecieron la suya.

Al día siguiente, visita.

Al otro sucesivo, visita y declaración de amor.

Un día más grande que una casa, fué el sello de mi pasión número tres, y entré de nuevo en la senda amorosa, á la cual era, soy y seré mientras pueda, en extremo aficionado.

Yo cada día escribía dos sonetos á mi amada.

Una noche, contra mi costumbre, salí más temprano del cuarto de mi idolo, y subí á mi exigua habitación.

Era que, por fortuna, había recibido treinta pesos de mi casa, y quería gastarlos en dos días como un caballero.

Me había propuesto regalarle una sortija y un guardapelo á mi adorado tormento, y me vestí con objeto de salir á hacer dicha compra.

Terminé mi brevísima *toilette*, y empecé á bajar del cielo á la tierra; pero á medida que descendía, un sonido confuso de voces llamaba en extremo mi atención.

Fuí bajando, bajando, y noté que la gritería tenía lugar en la vivienda de Julia.

La curiosidad me picó con su afilado aguijón, acerquéme quedito á la puerta, apliqué el oído y .... sigan los lectores al capítulo que vá á empezar, y verán lo bueno.

## VII.

--¡Que te digo á tí, y á Julia, y á Cristo que bajase del cielo, que yo no quiero pagar mómios, ¿estamos? exclamaba una voz de bajo en extremo acentuada.

--Pero hombre, si son ilusiones tuyas; si ese chico le hace el amor *por lo fino*, y *no hay tu tía* en lo que creés tú, ¡quemón!--contestó la madrina de la ahijada.

--Está claro; no hay cosa más ridícula que los celos, y tú bien sabes que nadie mas que tú es aquí el amo, seguía diciendo mi Julia.

—Mañana mismo salís de esta casa y de este barrio; pues ya tengo tomada otra apropiada, continuaba el de la voz de bajo.

—Se hará tu voluntad, hombre; pero no escandalices. ¿Qué dirán los vecinos?--replicaba la madrina.

--¡Los vecinos! Demasiado sabrán los vecinos quién eres tú y quién es tu hija.

--Madrina no hablemos más, nos iremos á donde quiere D. Pablo.

Yo no quise saber más; pero traté de conocer al D. Pablo aquel, amo del cotarro.

Me coloqué en un ángulo de la escalera, y al poco tiempo conseguí mi objeto.

Era un señor, viejo como de cincuenta y ocho años, feo capaz de dar un susto al miedo, y asqueroso como él solo.

El papel ridículo que había hecho yo en la casa que pagaba aquel cínico avechicho, me sugirió la idea de una venganza.

Subí á mi bohardilla, y cogí un pliego de papel, pluma y tintero, y en letras como almendruco, llené el pliego, á guisa de cartel, con la siguiente décima:

La viuda del coronel  
Y la virginal ahijada  
Que habitan esta morada  
Haciendo un santo papel,  
Son dos palomas..... con hiel,  
Nada dignas de un retablo;  
Antes bien, darlas al diablo  
Debe aquesta vecindad;  
Porque *paga* su orfandad  
El viejo verde D. Pablo.

Bajé sigilosamente, y con ocho obleas de pan, pegué el cartel sobre la puerta del cuarto de mi Julia. Precisamente aquella noche era la del día treinta y uno de Mayo.

A la mañana siguiente, todos los vecinos leían en alta voz mi anuncio, y se quedaban parados delante de la morada aquella, armando ruido, con mucha broma y no pocas risas.

A las risas y al ruido, salieron á la puerta ambas virtudes, las moradoras, y al enterarse del lance, tomaron viento ántes que la policía interviniera en el negocio.

Esta vez, al ménos, quedé vengado.

## VIII.

Dos meses después, había yo, por fin, obtenido una posición desahogada, y vivía con bastantes comodidades en un hotel de la villa del oso y del madroño.

El hotel era frecuentado por crecido número de forasteros, y se comía en mesa cuadrilonga, que no sé por qué motivo llaman redonda.

A mí me gusta en extremo una mesa á la cual se sientan muchas personas, de diferente estado, fechas y fachas, y de distintos países.

A mi lado, precisamente á mi lado, comía una inglesa, sábia, bella, espiritual, cuyo papá era un rico comerciante de la orgullosa Albion, y que, por vez primera, había tenido el gusto de viajar con su hija.

Se llamaba Jenny, y hablaba el español regularmente, pero conservaba el acento de su país, y cometía algunos *quid proquos* que me hacían mucha gracia.

En fin, caballeros; me enamoré de la niña, y esta vez sí que no tuve resultados negativos; porque ella se enamoró también de mí, y se dejaba besar la mano.

El amor, cuando es puro y tierno, hace progresos. Yo soy muy sensible, Jenny era más sensible aun que yo; empezamos por jurarnos mútua fidelidad, y por último, cierto día cometí la postrer calaverada amorosa que puede llevarse á cabo.

Me puse frac, guante blanco, me peiné con esmero, y me hice anunciar en el cuarto de Mister Mery.--Así se llamaba el papá de Jenny.

Me dió audiencia, oyó mi súplica, llamó á Jenny y le preguntó si ella era gustosa; Jenny le dijo que sí, su papá me dijo á mí *¡yá!*, y trato hecho.

Cuatro días después, era yo el más feliz de los maridos. Un mes mas tarde, y sin duda por predestinación irrecusable, me fuí á Londres á vivir con los ingleses.

Debo advertir, que cuando tuvo lugar mi boda, ya había dado fin á los ingleses de mi patria.

A pesar de mi dicha actual, cada año que llega, tengo un mes de un humor endiablado, y eso que es el mes más alegre de todos los meses.

No puedo olvidarme de mis tres conquistas de Mayo.

Aquí dá fin la historia de los tres amores y de la boda de mi amigo, y cumplido su gusto, de que yo os la regale en JUAN PALOMO, según me suplica en carta fresquita, del último correo, se despide por hoy, queridos lectores, vuestro galante servidor

JUAN TENORIO.

## UN SOLTERO EN SUBASTA.

A TEODORO GUERRERO.

Al fin, amigo Guerrero, ya te voy á complacer, y aunque no tengo mujer muy pronto casarme quiero.

Harto ya de ese demonio que llaman insurrección, busco una nueva emoción y me lanzo al matrimonio.

Mis deseos son muy buenos; mujer no me ha de faltar, que en queriéndose casar la mujer es lo de ménos.

Tus *Cuentos* me han convencido, y no hay tiempo que perder; así, búscame mujer, que á casarme me decido.

Algo la estatura importa; no quiero la elijas alta,

porque no tengo por falta el que se quede *por corta*.

No es extraño que me incline á mujer en miniatura, pues aun siendo en estatura no es bueno que me domine.

La principal condición que te exijo es el dinero, porque, amigo, lo primero es la buena educación.

Habrás de ser muy callada (si hay alguna que lo sea), más bien bonita que fea, algo sosa y recatada.

Me querrá con frenesí y tendrá elegantes modos; será ciega para todos, pero un *lince* para mí.

Al prodigarla ternezas los hombres, se hará la sorda; y mejor la quiero gorda por no sufrir sus *flaquezas*.

Aunque procure sencilla que yo la enseñe á leer, no haré tal, porque al saber me leerá la cartilla.

Y tampoco, aunque lo sientas, las cuentas le he de enseñar, porque si aprende á contar sabrá *ajustarme las cuentas*.

No quiero que juegue, nó; pues sé que ella ganaría, y siempre resultaría que solo *perdiera* yo.

En el juego de la banca hay quien con el pego juega, y de fijo me la *pega*, porque alguno me *desbanca*.

Dicen que por todo pasa el futuro, y yo lo creo, mas que me busques deseo una mujer de su casa.

Yo sé que no te desbordas, mas te confieso, sincero, que literata no quiero: es mujer de letras gordas.

No anhelo escriba comedias, pues yo no pido á la dama que sepa *zurcir* un drama, sino zurcirme las medias.

Al público, de este modo, por gratitud amaria; ha de ser mi esposa *mía*, y no del público *todo*.

Al ver su ingenio premiado con coronas que ha adquirido, temiera como marido verme también *coronado*.

Quiero mujer, no lo niego, que complete mis delicias, y que pague mis caricias con sus caricias de fuego.

No mujer que estudie á Lista, por lucir erudición, y prefiera á Cicerón al *Manual de la modista*.

Y la *Iliada*, de Homero, y el *Pelayo*, de Quintana, y de Ercilla *La Araucana*, al *Manual del cocinero*.

Mil ventajas hallarán los que adoren el saber, mas yo no busco mujer, semi-hombre cual Jorge Sand.

Será su querer muy tibio, y dudará por el nombre si me casaba con hombre, con mujer, ó con anfibio.

Yo, Teodoro, á una mujer ¡vive Dios! no me postergo, pues sintiera que en un *ergo* me llegase á convencer.

Espero, y esto me abona en una cuestión tan crítica, me busques mujer política, pero no *politicona*.

¡Eso sí, de corazón que por España se inflame! ¡Quiero una mujer que ame mi glorioso pabellón!

Hallarás mujeres mil, mas si has de verme casado tendrás que pedir prestado á Diógenes su candil.

¿Quieres hallarla?..... Te basta que con formal decisión saques mi mano á pregon, ó la pongas en subasta.

Pues con razón considero, que aunque ninguna me adora, habrá mas de una postora para atrapar á un soltero.

JUAN SIN-MIEDO.

Si Zumalacárregui viviera, y estando en la Habana, hubiese pasado por la platería *La Perla* (Obispo, entre Compostela y Aguacate) de fijo se queda viendo visiones al ver su busto admirablemente hecho en tres grandes planchas de plata que han de servir para el carro de una cirgarrería que lleva el nombre del célebre jefe carlista y que goza ya de bastante crédito.

Es un trabajo de mérito, señores, que deben ustedes ir á ver.





MASIÁ, el cazador de mambíses.



**LOS CAFES CANTANTES.**

Música y refrescos al alcance de todas las fortunas.

Litog. é Imp. del Comercio, Obispo 87





EL NUEVO PROMETEO.

Ayuntamiento de Madrid

".....Y Júpiter lo condenó á estar eternamente encadenado á una roca y que un buitre viniera todos los dias á roerle las entrañas."

BIBLIOTECA  
MUNICIPAL  
MADRID



## EPISTOLAS A "JUAN PALOMO."

VERACRUZ, MARZO 1º DE 1870.

Nó, JUAN PALOMO; te han informado mal: estoy vivo y muy vivo y todavía puedo dar mucho que hacer á esta gentecilla, que como Pedro por su casa, se ha introducido entre nosotros, huyendo del castigo que bien merecido se tienen y que vosotros le habíais aplicado.

Los españoles, hijo, somos como los gatos, que tenemos siete vidas, y ántes de perder la última, nos llevamos para que nos sirva de entretenimiento allá en el otro barrio, un pedazo de insurrecto, laborante ó cosa que se le parezca. ¿Cómo quieres, pues, que yo recoja el pasaporte para ese punto, sin cumplir mi misión?

¿O es que crees—y en eso quizás no te falte razón,—que todos los insurrectos y simpatizadores se parecen en lo valientes á un *bufo* rebajado, que anda por estos trigos y se llama Perfecto Ramon Bello?

Este tal Bello, tan buen apunte, que por serlo en todo lo era hasta en apuntar en esa primero y luego aquí, á los *bufos habaneros*, cuyos *bufidos* en Villanueva tan caros les costaron á algunos, y no á ellos, porque pusieron los pies en polvorosa, oliendo la pólvora; el tal Bello, te digo, que si perdido andaba por esa, perdido, para no perder la costumbre, sigue por aquí, compinche del *trigueño* Benjamin de las Flores (a) Jacinto Valdés, y de su digna, aunque sin dignidad, cónyuge la suripanta Florinda Camps, se quiere perfeccionar en la poesía—¡ya se vé, para algo había de llamarse Perfecto!—y al efecto suelta cada papa en el *Sol* (nublado) de Cuba, que deja patilifuso á medio mundo.

Hace pocos días, fiel mi Perfecto imperfecciones á su costumbre, halló la ocasión de hacer de las suyas, y la atrapó sin más ni más.

Esta ocasión, JUAN PALOMO, era demasiado triste, har-to sagrada para que una persona que estimase en algo su dignidad y su..... —lo diré de una vez—vergüenza, la hubiese respetado. Pero ¡buenas y gordas! para los mambises dignidad y vergüenza son sinónimos que traducen ellos por un—¿Qué se me dá á mí?

Se trataba del asesinato cobarde é indigno, por los miserables prófugos de Cayo-Hueso, de nuestro buen compatriota, el enérgico director de *La Voz de Cuba*, D. Gonzalo Castañón, y mi hombre dijo sin duda para el levitín raído que le cubre:—Esta mía, y no la doy ni por un gallo inglés.

Y en el susodicho papelucho ó libelo del nunca bien ponderado Ignacio Sanchez, en el *Sol* (nublado, Juanico, nublado) de Cuba, enjareta una sarta de desatinos y calumnias, al mártir español, víctima de la traición de los miserables compinches de robo y fuga de Perfecto Ramon Bello, que no había por donde cojer las tales berzas.

Te digo, JUAN PALOMO, que si las echas en tu sarten, aunque estuvieses aderezando algún mambí de esos que cazais con frecuencia por los bosques como alimañas, descompones el guiso. Ya comprenderás por esto los grados de estupidez en que abundarían.

Pero aquí entra lo bueno.

¿Tú que tal dijiste? dijo un madrileño, cuyo nombre me permitirás que calle, no pudiendo tolerar injuria tan grosera á la memoria de un digno campeón de la causa y de la libertad española.

Y buscando á Bello, afeó aun más su ya bastante feo rostro, estampando en él la marca de sus dedos, bajo la apariencia, sencillita si se quiere, de un bofetón.

—Caballero, ese bofetón.....

—¿Requiere un segundo? Pues aguarde usted.

—Nó, es que.....

—¿Qué? vamos á ver!

—Que he sido insultado.

—Lo sé.

—Que esa mancha tiene que lavarse.

—Tanto mejor.

—Pero lavarse con sangre.

—Vaya usted al matadero.

—Nó; con sangre de usted.

—No estoy enfermo para recibir sangrias.

—Pero un duelo.....

—Y bien.

—¿Lo rehusaría usted?

—Al contrario; aunque está ya lavada la mancha que un miserable.....—no se agite usted, porque ese es el nombre que merece, que un miserable pretendió echar sobre la memoria de un mártir de la patria y la cobardía de sus dignos compañeros; aunque está lavada esa mancha, no tengo inconveniente en echar otra sobre el terreno, con la sangre de usted.

—Pues se entenderá usted con mis padrinos.

—Que vengan cuando gusten.

Y con la mano sobre la mejilla, ocultando la señal y vaya una señal, hijo, que era todo un telégrafo de señales! se fué D. Perfecto á perfeccionarse en el tiro de pistola, porque has de saber que fué la pistola el arma elegida.

Bello puso el negocio en manos de dos compañeros suyos, y tan bien lo puso, que estos trabajaron como usurero á quien burla un acreedor ó alma que se lleva el diablo.

Por lo pronto, no aceptaron las condiciones de los padrinos del madrileño, que exigían fuese el duelo á muerte, para quitar así á un pillo de en medio: lo más que se corrieron á convenir fué que se colocasen los adversarios á veinte pasos de distancia, y desde allí disparase cada cual un tiro.

No hubo medio de que se aviniesen á más, y fué preciso acceder.

El madrileño, que no es hombre de armas tomar, pero que está dispuesto á tomar las armas por España siempre y cuando sea menester, no tenía pistola. Y en cuanto á Bello, sin alma y sin decoro, ¿qué arma podía tener? Fué preciso acudir á un préstamo; pero un buen mon-

tañés, que supo el lance, no quiso que se buscasen prestadas, sino que se encargó de la compra, costeándolas de su peculio.

Pasaron, pues, al sitio del suceso, y..... una, dos, tres: ¡fuego! sonaron dos tiros.

Las piernas de Bello flaquearon, se tentó por todas partes y encontró que la bala no le había hecho ningún agujero en el cuerpo. Ya se vé: es tan delgado, que por todas partes se le vé de perfil, y más parece cañón de espingarda que hombre.

El madrileño le miraba fijamente é impasible.

—He cumplido como hombre, dijo Bello, y agur, caballero, que me están aguardando.

—Eh! aguártese y no se precipite; que vamos á repetir la operación.

—Vaya, que yo no estoy para juegos.

—Pues si la cosa vá de veras.

—¿De veras?

—Y no hay más remedio.

—Sea, pues, Dios conmingo.

Y lo fué, JUAN PALOMO, lo fué, sin duda para confirmar el refrán de que hay una Providencia para los pillos como hay un Dios para los borrachos.

Dos nuevos disparos se hicieron al mismo tiempo, y también sin resultado.

—Alto ahí, señor mío, replicó Bello: á las tres vá la vencida, y yo no aguardo el número tres.

—Pues le aguardará Vd.

—Pues nó; ¡caramba, que no estoy de broma!

—Si vá de veras, y además acortaremos, la distancia.

—Ménos todavía, y vaya, para que todo se acabe, yo le suplico á Vds. que me dejen ir á ver una persona que me aguarda ahí cerca, y les juro, hasta de rodillas y con los brazos en cruz, que no vuelvo á decir ni jota contra España y los españoles..... (Por la cuenta que me tiene, agregó entre dientes.)

—No es menester más: vaya usted donde quiera, y por si tiene prisa, ahí tiene un par de pesetas para un coche.

¿Qué te parece de lo dicho, JUAN PALOMO? ¿Serán valientes los mambises?

Pues ahora oye esto otro, que también puede interesarte.

Mojados van teniendo sus papeles los laborantes de aquí, como los de otras partes y hasta tomar en las manos el oscurecido *Sol de Cuba*, para ver que no puede con sus rayos aclarar la atmósfera de la mambisería, preñada de nubes de desengaños que largan á cada paso sendos chubascos de zurras, y oscura cada vez más en materia de ilusiones.

Todo lo que ha dicho el citado papelucho sobre la muerte de nuestro inolvidable amigo Gonzalo, han sido estas palabras: *Murió Castañón*, entre diez admiraciones y cuatro líneas de puntos suspensivos. Mucho querrá decir, seguro estoy de ello, pero nada bueno y ménos aun, algo que demuestre que en el fondo del alma de un laborante queda el más pequeño resto de vergüenza: tan acostumbrados están á tener manchado su honor, que se cuidan muy poco de limpiar la mancha que en Cayo-Hueso recibió su causa; verdad es, que está ya tan manchada que no se conocen las lámparas que le van cayendo una sobre otra.

Pero en el número siguiente, fulmina el vergonzante *Sol* rayos, no de luz, sino de cólera, contra un cubano que tiene el atrevimiento de condenar el crimen de Orozco y comparsa y dice en un artículo publicado en el *Eco Hispano Mexicano*, que *«la más noble causa, la más santa causa queda deshonrada, muerta moralmente desde el momento que honrosos no son los principios, que es lo que santifica los fines.»*

Y á vuelta de mil denuestos para Castañón, para los españoles y para el que se avergüenza de que haya cubanos asesinos, niega el articulista del *Sol*, que por si se pierde te diré que es el mismo Perfecto Ramon Bello de las berzas publicadas en dicho número y del desafío en cuestión, que su contrincante sea cubano, como si no hubiese cubanos que rechacen la execrable conducta de aquellos que roban, queman y asesinan á la sombra de una causa, que por buena y santa que fuese, habría dejado de serlo por los crímenes que registra en su corta historia.

La gente de aquí, por último, anda revuelta y ha corrido ya la sangre mejicana en Mexican, Teila, Guadalajara y otros puntos; Santa Ana, con su *Ejército Restaurador de las garantías*, desconoce á D. Benito Juárez como Presidente de la República, y consecuencia de esto, que volverá á verse el país envuelto en otra lucha, tanto más sensible, cuanto que mejicanos son unos y otros combatientes.

Adios, PALOMO amigo, hasta otra que no ha de ser tan largo intermedio como el que ha sucedido entre la presente y la anterior y manda cuanto gustes á tu amigo y pariente,

JUAN BALANDRAN.

BARCELONA, 10 DE FEBRER.

Amich JOAN: ben segur es que cap dels teus corresponals se trova en la situació compromesa en que jo m trovo.

En John Bull esta á Nova-York. ¿Has vist ganga com aquesta pera ser corresponal teu?

Nova-York, lo refugi dels laborants. ¡Nova-York! Lo punt abont més notícies pòden saberse de las que interessar pugan á n' als lectors del teu periódich.

La gracia que jo li concedeixó á John Bull es la de que escriga ab tanta xispa y galanura; mes la de que ell donga mes notícies que jo, no li concedeixó, encara que m' ho demani ajenollát, després de posar un mocador á terra per no empolsarse 'ls pantalons.

Després d' aquest, venen los que t' escriuen desde Madrid.

Aquets t' enteran de la política palpitant, no deixant-me pera dirte ni que en Rivero dú tota la barba, y sort que la política que 'm prenen es la que 's refereix á governar la meva desdixada patria que ó sino..... si arriba á ser l'altra, me deixavan incapas, per faalta de modos, de poderme presentar devant d' una persona mica ben educada.

Tenim un aforisme en Catalunya que diu: *Dèn dona fayas á qui no t'è caixals.*

La sort volgué probar que aixó es cert y agafant á n' en Blasco me l' envia á Suez á véurer com la Emperatriz menjava cervell d' avestruz, y, á n' ell, que ja t'è prou gracia natural, li dona la ganga de poder parlar de las piramides, los dátils, las uris, y totas aquestas cosas que, á mitj-dir ja fan efecte, perque son altas, y dólsas, y guapas, y ja se sap que, en parlant de moros, com que no hi ha ningú que no s' hi hagi disfressat quant era criatura, tothom se 'ls afigura ab aquell bigotí enmascarat, la pipa de guix y el mocador de pita posat com una banda, y vetam aquí la gent contenta, ab qual-sevol cosa, mentres que d' ells li parlin.

Jo no. ¡Pobre de mí! Jo no tinc ni lo recurs de dir que s'han glassat un centinella y un burro, com dias passats, perque fins lo fret que feya, ab la idea sens dupte de no deixarme res per dir, ha desaparegut enterament, y un temps com de primavera nos ha vingut á afavorir de tal modo, que, si no fòs per no dar un desaire á la roba d' iver, nos posavam lo vestit de dril y tornavam á séurer á las cadiras de la Rambla.

Sembla que lo que toca á tot quant indiqui que la Isla de Cuba pot perdrers' ó no pot perdrers' ha de comóurer á n' als barcelonins, y, aquesta gent, que s'atura á mirar una estampa, y que no sab passar, sens aturarshi, pe'l costat d' un grupo que volti á un que tinga mal de Sant Pau, escolta impávit las noves que de tot li donan y si b'è daria fins sanch de las venas perque vosaltres eixisseu ab la vostra, no esteriorisa lo seu sentiment, y, no solament no fa funcions alusivas, y festas, y il·luminacions, quant rep una notícia, sino que ni parla sisquera de que la cosa passi.

Tot aixó t' esplico pera ferte véner que jo quedo reduit á ser un trist gacetiller, y, com que allá hont no n' hi ha no 'n raja, pren lo que degoti, mentres jo, pera poder darte noves, procuro á véurer si puth produir un cataclisme, pera que, danten' la notícia, compleixi ab tú diénte alguna cosa.

Sort encara que puch dirte que 'ls balls de máscara han entrat ara en lo seu punt brillant y cosas que nos poden dir ni ab la careta á la cara, s' hi diuen ara fins sense portarla, que ja t'è dich jo que, sentidas entremij de tanta lluminaria, domassos, flors y l' excessiu llucio de que ja t' haurán parlat quants los nostres balls coneguín, fan un efecte, y seduixen de tal manera, que, lo teu corresponal, ni un sol ball deixa, pera sentir las tantas vegadas com pugui.

Com quan lo bon tó t'è per distingit tot lo que es poch natur l, la ha donada en dir que no feya fi lo d' anar á un ball ab disfressa, essent així que, un ball que s' anomena *Ball de máscaras* ben clar indica de quina manera deu anarshi; pero, como dich, l' han pegada ab que lo natural no es lo propi, y la gent, ab trajo de societát, abunda ara molt mes que 'ls moros, los comtes, las esclavas ab cadenas de llauana, y tot lo que era tant característich en aquestas bromas.

Afortunadament no es tothom qui aixís pensa y ara 's parla de fer una comparsa política que si arriba á realitzar-se crech que farà forrola.

Se compondrá de molts y diu que perfectament vestits y caracterisats anirán seguint aquest ordre:

Primer: Un minyó de Reus, groch y ab tota la barba, vestit de president de una república unitaria, durá un barret comensantli á esbotzar d' un costat, per no cabrerli á dintre la bola d' una corona d' emperador que tot just se li podrá véurer.

A n' aquest diu que l' seguirán una colla de federalistas fentli que se las espinyi.

Segon: Un mariner vestit de Duch de Monpensier y figurant que acostumat á n' al balaudreig del barco, no sap caminar per terra y cada punt cau y s' aixeca segons convinga á uns quants que l' voltan.

Tercer: Un que fá d' amo y estantne ab los brassos plegats deixa manar á n' als altres.

Quart: Un senyor gros vestit d' andalaz durá una carbasseta plena de ví, la casaca girada, y un gorro frigio, que l' durá á la butxaca per si acás li vé migranya.

Aquets quatre diu que anirán seguits d' una gran colla de reys de tots los paissos coneguts y per conèixer, s'aturarán d' en tant en tant, farán posar los reys de renglera y després d' examinarlos atentament, ó no n' triarán cap, ó si n' triam algun, ja serà lo qui tinga inconvenients que fassin impossible l' admètrer.

Aixís se m' ha dit y aixís t' ho conto.

Diu que aixó ho farán varias vegadas duran lo ball, y fins hi ha qui assegura que anirán á tots los balls que 's dongan. Que feya b'è aquella vella que no volia morir may perque deya sempre se 'n veyan de noves.

En lo gran teatro del Liceo se vá estrenar, como ja vaig ananciar-te, la última ópera de Verdi: *D. Carlos*.

Es verdaderament extraordinari lo llucio ab que s' ha posat en escena, y los pintors senyors Soler y Carreras, pintant las decoracions, s' han acreditat d' artistas de primera categoria. Riquesa en los detalls, má de mestre en las perspectivas, colorit brillant, y un conjunt que res deixa que desitjar, ni comparat ab los teatros de las primeras nacions ahont s' ha posat l' ópera.

Lo director de la orquesta, lo jove D. Eusebi Dalmau, que tenia ja una reputació lilegitima s' ha alsat ab aquesta ópera á una altura envejable, y, los aplausos del public, la admiració dels intelligents, y la corona de plata que la companyia lírica li ha regalat, b'è li proban que qui per l' art treualla, tart ó dejorn ne trova la recompensa.

Ab tot y aixó ¿Darà l' ópera? No ho crech. Té un co-



lor tenebrós, es llánguida, y me sembla que 'l públich no ha prés com fora de desitjar una obra, que, si bè's ressent d' alguna reminiscencia y no es tant inspirada com altres del mateix autor, té, ab tot cosas de primer ordre que la fan digne de que tothom l'anés á véuer.

SERAFÍ PITARRA.

# CUENTOS DE MANIGUA.

## CUENTO SEGUNDO.

### LA SANGRE Y LA TRADICION.

#### III.

Es conveniente que el lector conozca al guajiro que salió de la casa con D. Cosme San Feliú, porque á cada paso tropieza uno en el mundo con personas, que á pesar de su insignificancia, vienen á representar un papel importante en nuestra existencia. Era D. Felipe un hombre rústico, pero muy astuto; reñido con todas las exigencias sociales, vivía á sus anchas, envuelto en su camisa de listado y á la sombra de la especie de paraguas de paja que le servía de sombrero; un gran tabaco era su inseparable compañero, y todo su lujo se cifraba en ostentar un magnífico machete con puño, regatón y abrazaderas de plata, y unas tremendas espuelas del mismo metal. Había hecho fortuna cosechando tabaco, y cansado de las penosas faenas del cultivo, había arrendado sus tierras, dedicándose con provecho á las negociaciones en gran escala con los vegueros para la exportación de la hoja; el roce con los propietarios de las fincas y su crédito le habían dado importancia y hasta cierta superioridad entre aquellas gentes sencillas que le oían como á un oráculo, á pesar de que en su vida dijo una frase nueva ni discurrió sobre punto alguno, limitándose á desfigurar lo que escuchaba, seguro de que sus oyentes, eran más cortos de inteligencia que él; el caso era que las ocurrencias de D. Felipe se celebraban en el partido y que en todas las casas lo veían llegar, marcando la sonrisa en los labios para recibirlo; tenía la oportunidad de aquellos ignorantes que saben revestir de cierto gracejo las sandeces para hacerlas pasar por chistes.

D. Felipe había nacido en las Islas Canarias, pero habiendo llegado á Cuba en mantillas, pasaba por insular, y él se esforzaba en hacerlo creer, ocultando su fe de bautismo porque tenía aversión al calificativo de *isleno*, como si las palabras influyeran nunca en el carácter ni en la individualidad de los seres; y esa aversión era una prueba de su ignorancia. Si D. Felipe hubiera conocido su tierra natal, despreciando las preocupaciones, hubiera tenido orgullo en llamarse *isleno*. En mi primera juventud estuve de guarnición en Santa-Cruz de Tenerife, y guardo dulces recuerdos de aquella tierra tan mal apreciada por ser tan mal conocida.

Intima amistad de muchos años unía á D. Felipe con D. Cosme, estando además enlazados con el compadrazgo, especie de parentesco á que se dá gran importancia en las clases bajas de la sociedad; D. Cosme había sacado de pila á una hija de D. Felipe, y tenía á mucho honor este vínculo que los enlazaba, por lo mismo que, como ya he dicho, aquel había adquirido cierto prestigio entre los cultivadores de las vegas.

Salieron de la casa los dos compadres y sentáronse debajo de un colgadizo, desde donde podía D. Cosme vigilar á los negros que tenía ocupados en la recolección; allí se recostó D. Felipe en una tosca pero fuerte silla de baqueta, y tirando al suelo su sombrero, que nada tenía que perder, dijo:

—Vamos, compadre; parece que la cosecha se prepara muy buena.

—No es mal año, replicó D. Cosme rascándose la oreja izquierda; pero ¿de qué me sirve tanto desvelo si al cabo trabaja uno para el fisco?

—¡Jem! murmuró el guajiro haciendo una mueca muy significativa. ¡Todos los tiempos no son iguales! —Todos son iguales para cobrar al pobre y sacarle el fruto de sus sudores.

—Eres un mentecato, Cosme, y no sabes de la misa la media. Cuando yo te digo que todos los tiempos no son iguales, por sabido me lo callo.

—No te entiendo.

—Arrima para acá esa silla, que voy á hacerte una confianza, con la condición de que todo lo que oigas se te vá á olvidar en seguida.

—Y entonces ¿para qué necesito saberlo?

—Para recordarlo cuando llegue el caso. Vamos: ¿te has figurado que tu compadre no es un hombre importante?

—Demasiado sé lo que vales.

—Pues mejor lo sabrás cuando te asegure que en adelante no vás á pagar la contribucion.

—¿Qué dices? exclamó D. Cosme muy en voz alta. Entonces, me vuelvo loco, y bailo el zapateo.

—Baja la voz, ignorante, y ponte á la altura de mi persona. No sirves para conspirar.

—¿Conspirar?..... ¿Qué estás diciendo? ¡Libreme la Virgen del Cobre de semejante locura!

—¡Pues qué! ¿quieres que te hagan favores por tu bonita cara? Para que la tierra dé la cosecha hay que labrarla.

—Espícame, hombre.

—¿Parece que te ha gustado la idea de no pagar?

—Por supuesto, contestó D. Cosme riéndose y abriendo mucho los ojos.

—Es decir que podemos contar contigo?

—¿Para no pagar? ¿Quién lo duda?

—Toca esos cinco, Cosme! Ya eres de los nuestros.

—Pero.....

—No necesitas saber más.

—Sin embargo.....

—¿Tienes un machete bueno?

—¿De primera!

—¿Y conservas algun arma de fuego, aunque sea una escopeta vieja para cazar gorriónes?

—Y ¿qué tiene que ver la contribucion con la escopeta?

—El hombre prevenido vale por dos.

—Tú sabes más que yo, Felipe; y me guiarás; lo que importa es no pagar; cuando venga el recaudador le enseño la hoja del machete.....

—¡No te precipites, bárbaro! ¡Si cortas la hoja fuera de sazón se pierde!

—Entonces.....

—No tienes mucho que esperar. Vamos á ser muy felices; cada uno trabajará para su casa, sin que vengan á quitarle lo que es suyo, porque las cosas van á cambiar. ¿Te figuras que todos los hombres hacen lo que tú roucar de noche y echar el quilo de día, sin ocuparse de la felicidad del país que los sostiene? No, compadre; vamos á ser libres, y nos van á dar la autonomía.....

—La..... ¿qué?.....

—La autonomía, hombre!

—Y eso ¿qué es, Felipe?

—Yo no lo sé; pero cuentan conmigo, y contigo también, para que el país se gobierne bien; y como es lo que importa, en cuanto se arme la zambra, ya estoy á caballo y vengo por tí.

—Pero ¿contra quién se vá?

—Contra el que cobra, bobo.

—¡El que cobra es el gobierno! exclamó D. Cosme con espanto.

—¡El que cobra es el que te sangra! Llámale como quieras.

—Pero vendrá otro y hará lo mismo.

—¡Qué disparate! En tiempos de libertad cada uno hace lo que le dá la gana, y al que se arrime á pedirte un centavo, le arrancas la piel y haces con ella una baqueta para la cama. Vamos á ser libres, y todos mandaremos. Me han ofrecido que seré perfecto prefecto, ó no sé qué cosa, con lo cual me daré mucho tono, y todos viviremos, compadre.

—Me dán que pensar esas cosas que no entiendo. ¿Qué dirá á eso la gente de España?

—¡Calla, sanana! La cosa viene de arriba, amasada muy bien. Dicen que ese hilito que han echado en el mar ha hablado ya, y que por allá la reina cayó de cabeza, y que nos viene un nublado de cosas libres para ahogarnos con tanta felicidad; pero aquí nosotros decimos que también somos hijos de Dios, y que por lo pronto no queremos pagar. ¡Qué disparate! ¿somos lilas?

—Si la cosa no es contra la España cuenta conmigo, porque ya sabes que antes que todo soy rancio catalán.

—Aquí no nos metemos con España; vamos á hacer nuestro negocio.

—¿Pero con España? insistió D. Cosme algo escamado. Porque si tocan á la bandera, *voltu vá Deu!*.....

—No andes con tonterías ni con repulgos de empanada; lo que se quiere es no pagar, y en eso estás conforme.....

—¡Siempre!

—Pues al avío, y mucho ojo, y la lengua muy quieta! Y adios, que es tarde, y tengo que seguir conspirando; desde que me han ofrecido aquel puesto, no me ocupo ya de nada más que de la felicidad de mi tierra..... ¡Soy todo un patriota!

D. Felipe salió, y D. Cosme se quedó muy pensativo; pero su meditacion dió por resultado que mientras más meditaba menos comprendía el laberinto del proyecto de su compadre.

A distraerlo de su éxtasis llegó Adelaida, que también se había cansado de atormentarse el cerebro, buscando el fundamento en que se apoyaba su padre para no simpatizar con Armando; y creyó que lo más corto sería preguntárselo; pero Armando era lo que estaba en aquel momento más lejos de la imaginacion del veguero.

—¿En qué piensas, papaito? le preguntó la criolla con ese tono meloso del país, que tan bien sienta en los labios de la mujer, y pasándole la mano por la cara.

—En muchas cosas, Adela.

—Ya sé, taita; te figuras que Armando y yo no podemos ser felices.....

—Nó, hija; no pensaba en eso..... Mira: siéntate á mi lado; me acostumbré ya á no hacer ni pensar nada sin consultar contigo, que tienes más cacumen y más letras que yo, y te voy á hacer una pregunta.

Adelaida se sentó junto á D. Cosme y este, cogiéndole la mano derecha, le preguntó:

—Dime: ¿qué es autonomía?

—Auto..... ¿qué, papá?

—Autonomía ó autonomía, ó una cosa así.

—Yo no sé de eso; debe ser algo muy raro.

—A ver, trae aquel librote que todo lo sabe y que por unos cuantos pesos te dió tanta ciencia.

—¡Ah! ¡mi diccionario! Voy por él.

Volvió Adelaida con el librote, segun la calificación del guajiro, y púsose á buscar en vano en sus páginas la palabra *autonomía*.

—Eso no está aquí, dijo ella. ¿De dónde sacaste semejante palabrota?

—Yo no soy capaz de inventarla. Mi compadre D. Felipe me la trajo, ofreciéndomela para librarme de pagar la contribucion, y como esta me cuesta un berrenchin cada vez que asoma por la puerta el Júdeas de la recaudacion, se me quedó grabada en la cholla, como una cosa que debe ser muy buena, del fonao de la pipa.

—Pues debe ser muy mala cuando no la trae mi diccionario. ¿Y qué sistema es ese de no pagar?

—Eso es grave, china mia, y no puede decirse, porque anda por medio toda una conspiracion.

—Habla, papá! exclamó la niña muy alarmada.

—Esos ya son negocios de hombres, y tú, con toda tu sabiduría, no eres capaz de discutir sobre el particular. Bástete saber que con esa autonomía vamos á ser felices; yo á todo me presto mientras no toquen un pelo á la España.

—¿A la España? Pues qué ¿se intenta?.....

—Yo no sé, hija, pero cuando Felipe me hablaba de esos planes sentía unos escarabajos en el corazon y unas picazonas en la mano, como si quisiera buscar el machete, que me alarmé; sin embargo, él me hizo tantas protestas.....

—Buehas tardes, dijo un apuesto jóven que se apareció como por encanto, interrumpiendo la conversacion. Era Armando de Aguirre; y el lector comprenderá que Adelaida no podía ya hacer caso de las palabras de su padre, ni ménos buscar la definicion de la autonomía.—

Pasemos á otro capítulo.

(Continuará.)

JUAN SIN-TIERRA.

## SARTENAZOS.

El lápiz de Landaluze ofrece hoy el retrato de D. José Masiá, que se ha hecho célebre en las cercanías de Puerto-Príncipe por su constancia en perseguir mambises, á quienes caza como conejos, seguido de una partida de hombres leales y bravos y de sus dos hijos, mocitos *crucos* como su padre, que los mete en el fuego para que se tuesten. Todos los dias sale Masiá y nunca vuelve sin alguna caza; cuando los mambises se le *juyen*, lleva reses, habiendo prestado grandes servicios á la poblacion; en el bloqueo que sufrió el año pasado. Masiá es digno de que se le conozca, y decimos de él lo que el caballo de copas: *¡Mí vá!*

\* \*

### EPÍSTOLA.

¿De azul no queréis vestiros porque es color insurrecto? Quien tal os dijo, señora, es un ignorante, un nécio. ¿Quién, á los malos cubanos, ha concedido el derecho de robar á la nacion color que siempre fué nuestro? Azul y blanco es el traje que gasta en Cuba el ejército; la sangre azul simboliza un ilustre nacimiento; blanca y azul es la cinta con que el rey Carlos tercero quiso que se distinguiera la nobleza del talento; á la Concepcion divina con un manto azul la vemos; azul es tambien el mar que á Colon trajo á este suelo, y azules son vuestros ojos, por los que yo vivo y muero. ¿Dónde hay color, Carolina, que al azul dispute el premio? Usadlo, pues, en el traje, y dad solemne desprecio á ese trapo vergonzoso con que daros quieren miedo. ¡Me pongo azul de coraje! El azul siempre fué bello, pues no en balde lo ha elegido Dios para color del cielo.

JUAN Y MEDIO.

\* \*

Me gusta más la luna que el sol. ¿El sol para qué sirve? Siempre viene cuando es de día. ¡Vaya una gracia! La luna á lo ménos sirve de algo, porque alumbra de noche.

\* \*

El marqués republicano  
Escribe de la manigna,  
Que le vá escamando un poco  
La negra ciudadanía.

\* \*

Barnum, el incansable coleccionista, en su afan de aumentar las rarezas de su célebre Museo, ha solicitado del generalísimo Quesada, y obtenido de éste, la concesion de exponer al público, aquella espada que ya conocen nuestros lectores (de oidas, se entiende,) mas con la condicion de que se ha de mostrar á la pública curiosidad, encerrada en una váina, para que el rubor de la virgen no se resienta con las miradas de algunos indiscretos.

De hoy más, la espada del generalísimo aumentará el catálogo de las célebres, si no al lado de las famosas *Tizona* y *Colada*, al ménos á la altura de la tan celebrada de Bernardo.

\* \*



Parece que el Excmo. Ayuntamiento de la Habana piensa rescindir el contrato que tenía celebrado con la *casta Lucina* (vulgo la luna) por las faltas que ha cometido en la semana que ha terminado, y en su lugar alumbrará siempre el gas. Aplaudimos la idea y damos la enhorabuena á los abonados al Parquetito.

\* \*

El domingo de Piñata, reinó gran animación en el paseo, y las muchachas bonitas abundaban que era un primor. El *Juan* que esto escribe, recordaba aquello de Garcilaso:

..... dulce y sabrosa,

Más que la fruta del cercado ageno.

Y no puede menos de hacer mención, entre muchas que se distinguieron, de una bellísima dama vestida de negro, en cuyo hombro izquierdo ostentaba sus blanquísimas hojas una camelia, que parecía una blanca paloma que arrullaba el oído de su dueño.

\* \*

Siguiendo con el domingo de Piñata, diremos que hubo en el paseo trenes lujosos y de mucho gusto, ricos trajes llevados con mucha gracia, por bellezas, con id. id. y en fin, caras capaces de conmover al *Convidado de Piedra*, cuanto más á un Juan de carne y hueso.

\* \*

## EL CARNAVAL.

SONETO.

Ruje dó quier, con infernal bullicio,

Y oculta en su disfraz nada respeta,

Turba alegre que armada de careta

Locuaz olvida el terrenal silicio,

Y lúbrica danzando sin juicio,

Rompe embriagada del pudor la meta,

Loca hermanando en bacanal inquieta

Desvergüenza y pudor, virtud y vicio.

Pasa la fiebre, y la familia humana,

Al inclinar su frente á la ceniza,

Con diversos disfraces se engalana,

Y el cínico más vil y más inmundo,

Con máscara de oro, se entroniza

En el eterno carnaval del mundo.

R. DE MEDINA.

\* \*

Nos escriben de Puerto-Príncipe que ha sido pasado por las armas en aquella ciudad un individuo llamado Aldana.

¡Caracoles! qué cerquita le anduvo. Un canto de peseta le faltó solamente. Un tilde, un rabito, una pierneita más y podríamos decir que en la capital del Camagüey habían fusilado á Aldana.

Cerca anda, D. Miguel!

\* \*

## A MANUEL DEL PALACIO.

He sabido, Manuel, que te has casado: es natural, y me parece justo:

para esas cosas siempre fuiste adusto... pero ¡cómo ha de ser! ya te han pescado.

Dicen que tu mujer es un dechado de belleza, y alabo tu buen gusto; pues, aunque no conozco ni su busto, hembra buena será la que has cazado.

Mucho tiempo hace ya que no te veo; mas, no me pese; que estarás ahora, entre los dulces lazos de himeneo...

Con toda el alma á tu mujer adora, y que seas feliz, mientras deseo me pongas á los pies de tu señora.

E. GARCIA LADEVESE.

Madrid.

\* \*

Se atribuyen á Napoleon III varias frases relativamente á los cambios sobrevenidos de poco tiempo á esta parte en las instituciones del imperio francés.

«Sigo de buena fé, parece haber dicho, pero no tengo fé.»

Segun otros ha dicho: «Yo ya no obro; simplemente miro.»

A lo cual añade JUAN PALOMO: Ya lo veo á V. de venir.

\* \*

Vaya otra frasecita de circunstancias.

Atribúyense á Mr. Ollivier, con motivo de los últimos acontecimientos de París, estas palabras:

«Yo soy liberal, pero no soy ridículo, y no toleraré que el pueblo de París se ponga en caricatura.»

No está mala caricatura la que empieza dibujándose á tiros.

\* \*

Un periódico de esta capital publica una estensa carta de Madrid, con noticias tan sabrosas como la siguiente.

Dando detalles prolijos de una boda celebrada en la Corte, dice que hubo «toda clase de dulces, chocolate, té, frutas y quesillos helados, pavo trufado, emparedados, vinos esquisitos, etcétera, etcétera.»

¡Vea V. qué diantrel hace dos noches que no he podido dormir pensando en si habría también aceitunas sevillanas.

Por qué habrá callado ese detalle tan curioso el corresponsal del periódico habanero?

Nada, señores; no puedo vivir con tan terrible duda. Mañana fletó un buque para que vaya á la Península y se entere de si se dieron ó nó aceitunas á los convidados.

\* \*

Pero aun dice algo más conmovedor la cartita en cuestión.

Prepárate á soltar el grifo de la sensibilidad por los ojos, ¡oh amado Teótimo!—Dice así:

«El tierno príncipe de Asturias recibe una educación esmeradísima y popular en los primeros colegios franceses, transformándose en un arrogante joven, y cuando le pregunta la Reina si le tratan de Alteza en el colegio, contesta con mucha gracia:—¿De Alteza, mamá? Sí, sí; ya eso se acabó: allí solo me dicen mis compañeros: Mira, Alfonso, ó escucha Borbon, pero nada más, y yo no me incomodo.»

Mire V. qué remonónísima criatura! Y demuestra más talento que la mamá, cuando dice que ya *eso se acabó*.

\* \*

Y dice que sus compañeros le llaman Borbon.

¡Qué inocencia de muchachos! Es claro, los pobres chicos qué saben!

\* \*

Lo único que me causa pena es que el corresponsal y el periódico mismo llamen *príncipe* al ex-Borbon Alfonso.

Es una crueldad poner mote á un niño inocente.

\* \*

Cuentan los periódicos de la península, que del presidio de Cartagena se han fugado trece penados, abriendo un agujero en el techo de su prision. El que hacía catorce se cayó, rompiéndose una pierna y siendo causa de que se descubriese el pastel.

Y luego habrá quien sostenga que es número fatal el número trece!

\* \*

El magnífico vapor *Eagle* se ha perdido en su viaje de Nueva-York á la Habana.

En él venía la acostumbrada epístola de nuestro corresponsal *John-Bull*.

De manera que ustedes, señores suscritores, se han quedado sin carta y los dueños del vapor sin buque.

\* \*

Hemos recibido el prospecto del *Diario de Cienfuegos*, nuevo periódico que verá la luz donde su nombre indica.

Toque V. esos cinco, compañero, y seamos buenos amigos.—Puede V. disponer de JUAN PALOMO hasta la pared de enfrente.

\* \*

¿No adivinastes, lector, el geroglífico del último número, tan fácil y tan bonito?

Pues en tal caso, sábetelo que *Amores de gato riendo entran*, es lo que decía.

¿Estamos?

\* \*

¿Es viernes? Pues no diga V. más; deliciosa noche se prepara.

Acudo á los salones del Sr. Intendente, donde cada vez es mayor la concurrencia, atraída por la amabilidad y finura del Sr. Santos y su bella hermana.

Ahí vá el resumen de lo mucho bueno que allí pasó la última noche.

La Srita. de Villergas, tocó al piano, dando muestras de admirable ejecución, unas difíciles variaciones sobre motivos de *La Traviata*.

La Srita. de Herrera, lució también su habilidad en el mismo instrumento con una pieza de gran efecto.

Los Sres. Diez nos hicieron oír una fantasía de *Linda de Chamoni*, para violín y piano.

El Sr. Bueno un ária, no recordamos de qué ópera, y una linda *cantata* italiana.

Los Sres. Underdow y Reinés el duo de Barítono y tenor del *Barbero de Sevilla*.

El mismo Sr. Reinés una rímanza de la *Africana*.

Y el Sr. Iradier una de sus graciosas canciones.

La parte literaria corrió á cargo de los Sres. Camprodon y Martínez Villergas; leyendo el primero una preciosa balada, y el segundo una humorística poesía, llena de gracia y oportunidad.

¿Quieren ustedes más atractivos? Pues aun hay otros más, y son los que presta el bello sexo, elegante y encantador, que puebla todos los viernes aquellos salones.

Hasta la noche próxima, que todos los amigos del Sr. Santos aguardan con impaciencia.

\* \*

Tacon y Variedades, que no se intimidan por el desbordamiento de cafés cantantes que se observa en la Habana, han ofrecido en la presente semana funciones á tutiplén.

En el primero ha podido el público filarmónico deleitarse con las zarzuelas *La cisterna encantada*, *Jugar con fuego* y *El secreto de una dama*.

En el segundo, ha habido saltos y cabriolas, equilibrios, canciones, bailes y pantomimas y otras gollerías por el estilo

\* \*

## CHARADA.

Lector, ahí vá una charada

no muy difícil por cierto;

no trabajes, pues te advierto

que te la doy acertada.

Mi primera repetida,

si piensas y no te ofuscas,

es verdad que si la buscas

te hará agradable la vida.

Mujer de prima y tercera

nunca me inspira pasión,

y mas si lleva al salón

la segunda y la primera.

En esta simple charada

mi primera y mi segunda

es fruta que poco abunda

y hembra que mucho me agrada.

Si el viento te desespera

y en peligro ves tu nave

busca otro viento más suave

ó mi segunda y tercera.

El todo de mi charada

lo acertarás fácilmente;

y si no lo aciertas, vente

á saberlo á mi morada.

JUAN DIENTE.

## ADVERTENCIA.

Con el presente número recibirán los suscritores de la Habana y del interior la hoja número 1.ª del

## GRAN PLIEGO DE DIBUJOS

con que Juan Palomo obsequia mensualmente á sus favorecedores.

No estrañen la falta del número 12, última de la colección anterior, de la que solo se ha recibido un corto número, sin duda por error ó olvido en la remisión desde Madrid, pero tengan por seguro de que por uno de los próximos vapores vendrán, y se subsanará esta falta disculpable por parte de la Empresa.

Noten nuestros suscritores que el pliego que hoy se reparte es el 1.º de la nueva colección 2.º año, y que en ella dan principio elegantes y nuevos abecedarios, grecas, medallones escudos etc. etc. El papel también se ha mejorado, y en adelante, la *Floresta hispano-americana* no perdonará gasto ni trabajo alguno para que esa primorosa colección sea la primera en su género que se publique en los dominios españoles.

La Empresa, suplica ahora á aquellos de sus suscritores, cuyo abono esté en descubierto, que lo cubran cuanto antes, pues en los tiempos que corremos no está la Magdalena para tafetanes, y necesita el reembolso para llenar sus multiplicadas y urgentes atenciones.

IMP. MILITAR, RICLA 40.